

Enrique Martínez Ruiz

FELIPE II

HOMBRE, REY, MITO

ÍNDICE

<i>A manera de consideración (personal) sobre esta biografía</i>	13
--	----

I PARTE HOMBRE

1. LA FAMILIA	23
Abuelos, padres y tíos del rey	23
Hermanos, hermanas y sobrinos de Felipe	34
La familia del rey	41
2. DE PRÍNCIPE A REY	54
Haciendo al príncipe	55
Llegan las responsabilidades	66
El heredero ante Europa	83
3. MECENAS Y COLECCIONISTA DE ARTE	94
¿Coleccionismo o mecenazgo? Las entregas	97
La colocación de las imágenes	99
Los retratos	100
La pintura religiosa	108
La pintura mitológica	112
La armería	114
La biblioteca	120

4. EL REALIZADOR	126
Las obras públicas, del papel a la práctica	128
El control del territorio. Obras de infraestructuras	132
Puertos	147
Agua para ciudades y campos	152
Máquinas para la industria	162
5. LA FIESTA	170
La fiesta, espacio de sociabilidad	172
La fiesta, difusora de mensajes	180
La fiesta y sus elementos	183
Felipe II y la fiesta	201
6. EL HOMBRE, EL REY Y LA RELIGIÓN	214
El confesionalismo	214
La Capilla Real	218
El confesonario regio y los confesores reales	222
El rey y la religión	231
La devoción del rey	241
El rey y las reliquias	243
Felipe II y Roma	247

II PARTE REY

7. LAS HERENCIAS Y LOS TERRITORIOS. LA POLÍTICA	
HEREDADA	255
Las abdicaciones de Carlos V	255
Los problemas heredados	263
La aplicación del dogmatismo católico	277
En la estela de Trento	283
8. LA LARGA ETAPA DE LA POLÍTICA PERSONAL DEL REY.	
EL PLANTEAMIENTO Y SUS CLAVES	287
Geopolítica y geoestrategia de una época	288
Dinámica de la política filipina	297
Los años cruciales. La bancarrota y las alarmas	300

9.	LA DEFENSA. RETOS Y RECURSOS	319
	La defensa	321
	La articulación de la defensa	324
	Defensa y organización de espacios estratégicos	341
	Los instrumentos de la defensa	357
	El coste de la guerra	385
10.	EL REY, DÍA A DÍA	390
	La jornada diaria del monarca	390
	Despachar escribiendo	394
	Personalidad. Salud y enfermedad	398
	Los Reales Sitios y los jardines del rey	411
11.	EL REY Y EL GOBIERNO DE LA MONARQUÍA	430
	Nuevo rey, nuevo estilo	432
	La Casa del Rey	440
	Madrid, capital de la Monarquía Hispánica	446
	La Monarquía polisinodial	450
	El rey y sus hombres	473
	El rey y los reinos	489
	Simancas	493
12.	LA POLÍTICA PERSONAL. LA ACCIÓN	496
	El eje mediterráneo	496
	El eje atlántico	509
13.	LOS AÑOS FINALES Y LA MUERTE DEL REY	563
	Los años finales del rey	563
	Y llegó la muerte	587

III PARTE MITO

14.	LAS IMÁGENES REGIAS	603
	El rey en majestad	603

La fuerza de la imagen	608
El rey, esculpido y pintado	610
Otras representaciones del rey	619
15. Y SE INSTALÓ EL MITO. FELIPE II ENTRE DOS LEYENDAS, LA NEGRA Y LA ÁUREA	630
El reflejo del rey	631
Una (negra) leyenda	639
Otra (áurea) leyenda	667
Unas leyendas (ambas) sin epílogo	677
16. EL ESCORIAL	679
La carta fundacional	681
La materialización del proyecto y la solución de problemas técnicos	682
La construcción	687
El final de la obra. Las estampas de Herrera. La proyección laurentina	699
<i>Epílogo</i>	707
<i>Notas</i>	709
<i>Bibliografía citada</i>	791

A MANERA DE CONSIDERACIÓN (PERSONAL) SOBRE ESTA BIOGRAFÍA

Hace años, una de las veces que tuve la suerte de coincidir en un acto con el añorado maestro don Manuel Fernández Álvarez, me atreví a calificar a Felipe II como una figura «abismal», calificativo que utilicé en referencia a que algunas de las acciones, separadas por años y en circunstancias diferentes, podían ser tan distintas que entre unas y otras mediaba un abismo. La mirada —tan impresionante como su silencio— de don Manuel me movió a explicar el porqué de tal afirmación. El acto siguió su desarrollo con intervenciones de los demás miembros que estábamos en la mesa y con las del numeroso público que llenaba la sala. Cuando terminamos, me fui a casa y no lograba apartar de mi mente lo dicho y la inquietud que había despertado en mi ánimo la incertidumbre de que no hubiera logrado hacerme entender en la medida que deseaba.

De esto, como decía, hace ya años y desde entonces esa inquietud y esa incertidumbre me han perseguido; como una especie de Gadiana, de vez en cuando, me asaltaba en mis investigaciones hasta el punto de crear-me la mala conciencia de que estaba en deuda con el rey, o mejor con su recuerdo y su significación como figura histórica. Una deuda que me atraía poder saldar con el personaje, sin olvidar lo que es el verdadero quehacer del historiador. Hace tiempo, Lucien Febvre, advertía: «El historiador solo tiene un objetivo. Saber es solo el comienzo. Juzgar, no. Prever, menos aún. Se trata, efectivamente, de comprender y hacer comprender».¹

Pero en nuestra tarea, por desgracia, no tenemos todas las claves del pasado y a veces, nuestras afirmaciones u opiniones nacen de la conside-

ración del *a posteriori* ignorando el *a priori*, con lo que se nos escapa la multitud de posibilidades existentes en el momento en que se toman las decisiones y se opta por alguna de las opciones presentes; es decir, nos perdemos la riqueza de vertientes efectivas que hay en cualquier momento histórico, esa riqueza que existe en la cotidianidad de cualquier presente. Una realidad que señaló también hace tiempo otro maestro, Carlo Cipolla.

Precisamente, el disponer de las decisiones tomadas en un momento determinado y conocer el resultado de las mismas, nos hace considerarlas, con frecuencia, acertadas o erróneas, consideración que se emite como consecuencia del resultado. Y eso hace que, también frecuentemente, no entremos en la ponderación del momento en que se toma tal o cual decisión, que no pongamos de relieve las circunstancias concurrentes en la toma de decisiones y que no valoremos que en el momento en que se opta por una, esa sea la más adecuada en la realidad existente, aunque las circunstancias posteriores mostraran la equivocación de tal elección. Pero eso lo sabemos nosotros, porque el desarrollo de los hechos así lo evidencia, pero, lógicamente, a los que tomaron la decisión les faltaba el *a posteriori* que nosotros conocemos. Por tanto, no pretendo resolver tanta cuestión en relación a nuestro Felipe II.

Sin embargo, ese convencimiento no borra en mi mente el deseo de hacer comprensible aquella afirmación mía. No obstante, el tiempo ha relativizado mi inquietud y en la explicación —si es que llegara a hacerla convincente para todos, vana pretensión— de por qué dije aquello de abismal, no radica la clave de la intelección de una figura histórica como la de nuestro rey Felipe II, cuya existencia ofrece una variedad de vertientes enormemente compleja por los problemas existentes en Europa, por la magnitud de los territorios que tuvo que gobernar y por los muchos años que estuvo al frente de la Monarquía Hispánica, fiel a unos principios y objetivos en la realidad cambiante del mundo en la segunda mitad del siglo xvi.

Una variedad de vertientes que ha motivado valoraciones muy contradictorias. A veces, muy tempranas en la vida de Felipe II y poco favorables, como la del embajador veneciano Soriano, que lo conoció cuando era príncipe y que en relación a su comportamiento en el viaje que hizo a Europa, concluyó que el hijo del emperador fue «poco grato a los

italianos, ingratisimo a los flamencos y odioso a los alemanes». En otras ocasiones, el juicio ha extremado la severidad, como el emitido por John Lothrop Moyley en su estudio sobre la sublevación de Flandes: «Si Felipe tuvo alguna virtud, esta ha eludido la concienzuda investigación... Si hay vicios de los que se hallaba exento —y es posible que los hubiera—, esto es porque no se permite que la naturaleza humana alcance tal perfección aún en el mal». Una opinión que el profesor Elliott recoge en el texto de su intervención en el congreso internacional de Zacatecas, una de las ocasiones en que tuve la fortuna de disfrutar de su compañía y saber, opinión sobre la que escribió:

Este es el Felipe de la tradición liberal, protestante y anglosajona, y, como era inevitable, provocó en los defensores españoles y católicos del rey una contraimagen no menos extrema de Felipe como supremo defensor de los valores transcendentales a los que solo España permaneció leal en un mundo devorado por la herejía, el secularismo y la modernidad.²

El profesor señalaba a continuación que en el último cuarto del siglo xx, sobre todo, las investigaciones de historiadores españoles y extranjeros han disuelto «algunos de los estereotipos más groseros de ambas leyendas, la negra y la blanca», pero «aún estamos lejos de alcanzar un consenso acerca de Felipe, bien como individuo, bien como monarca»; después, su exposición se extendía en una panorámica de los principales temas del reinado en pos de la ponderación, característica de todo su buen hacer historiográfico.

También alude a la revisión que estaba produciendo otro de nuestros historiadores más señeros, don Antonio Domínguez Ortiz (profesor mío en la Universidad de Granada, en una de las escasas ocasiones en que don Antonio ejerció como docente universitario), al tiempo que apuntaba una novedad interpretativa:

Felipe II en cuanto ser humano, biológico, era el producto de una mezcla increíble de sangres; la española, minoritaria, se impuso, como si el ambiente fuese más fuerte que la herencia. Verdad es que cabe otra interpretación: frente a la habitual, que se refiere a la *españolización* de don Felipe, se podría hablar de la *filipización* de España, nación que fue vista desde

entonces por los observadores extranjeros como el país de la intransigente ortodoxia, la ambición desmesurada, el imperturbable orgullo, la glacial y distante etiqueta y otras características que con más o menos razón se atribuían al Rey Prudente. La investigación reciente ha visto en él valores más humanos, ha detectado inseguridad y timidez, tras la máscara de la altivez, y también se reconoce que la España de su tiempo era mucho más vital y regocijada de lo que se suponía.³

Con ocasión del quinto centenario de la muerte del rey, la bibliografía sobre su figura y reinado creció casi exponencialmente y sus secuelas prosiguieron durante años. Después de visto lo que se ha escrito, me decido a escribir estas páginas, pues he podido comprobar que, con frecuencia, cuando se escribe sobre el rey prima su gestión gubernamental, su papel de rey, perdiendo de vista las otras dos dimensiones de su figura: la de que fue un hombre de su tiempo y la de que la propaganda política del momento y la posteridad han hecho de él una especie de mito, valorado como la cima de la maldad o la cúspide de la defensa de unos valores imperecederos. En cualquier caso, se olvida o no se valora que fue un hombre; en el mejor de los casos hay alguna que otra referencia a su vida, pero sin considerar en qué medida su existencia como hombre pudo influir en algunos de los rasgos de su personalidad pública y en sus decisiones gubernamentales.

Precisamente, es en esta línea donde deseo situar el contenido de las páginas que siguen, donde aspiro a poner de manifiesto lo más relevante de las tres grandes vertientes que podemos distinguir en la figura de nuestro Felipe II: hombre, rey y mito.

Decir que Felipe II fue un hombre, es una obviedad, evidentemente. Pero si pensamos que ese hombre es producto de la familia donde nace —una familia especial— y de la educación que recibe, ya no lo es tanto y lo es mucho menos si ese hombre con esos ancestros y esa educación tiene que gobernar el mayor imperio conocido en el mundo hasta ese momento. Si a esto añadimos que ha de afrontar problemas que en la historia de la Humanidad encontramos en muchas ocasiones —en realidad, siempre que hay una potencia hegemónica—, pero que en aquellas décadas no eran tan evidentes como lo son ahora para nosotros y si tenemos en cuenta el deseo de acabar con la hegemonía española que él encarna-

ba y la activa propaganda que se desató en contra de tal preponderancia, comprenderemos que de esa realidad a la mitificación del rey solo había un paso y ese paso se da con reiteración desde la misma vida del monarca hasta nuestros días y, posiblemente, se seguirá dando en el futuro.

Hace ya décadas, me iniciaba en la investigación, bajo la dirección de mi maestro don José Cepeda Adán, realizando mi primer trabajo dedicado a las campañas de Sancho Dávila en Flandes durante el gobierno del duque de Alba. Fue mi primer contacto —de cierta importancia— con el rey y desde entonces ha venido siendo uno de los temas principales en mi quehacer historiográfico, un tema recurrente que he simultaneado con otros. Por supuesto, he seguido de cerca las publicaciones que mis colegas han ido haciendo a lo largo de estos años sobre Felipe II, especialmente la gran floración que se produjo a raíz de la conmemoración del cuarto centenario de su muerte.

Desde mi punto de vista, el resultado de tantas aportaciones fue muy variado, como las biografías que tienen como sujeto esencial la dimensión política del reinado, incluyendo algunos temas introducidos como variantes o complemento del relato principal, con el que están relacionados; también se escribieron monografías sobre dimensiones de la figura o actividad del rey, que se apartan del desarrollo político del reinado y daban noticias de otros aspectos vitales bastante menos conocidas por los especialistas y el gran público... Pero nos encontrábamos con una percepción fragmentada de la personalidad del personaje, que me propongo integrar recogiendo las diversas facetas mostradas a lo largo de su reinado y la proyección posterior.

La organización tripartita de este volumen es el resultado de la imagen que tengo de Felipe II, una imagen «acumulativa» que llega a trascender su propia existencia. En este sentido, quiero empezar por señalar que hay unos años —una década más o menos, especialmente de 1549 a 1559— en los que el príncipe se forma como hombre, pues en sus viajes a Europa ve que hay más vida que la que ha tenido en Castilla y le abre unos horizontes insospechados, que hasta ese momento, en el mejor de los casos, podría intuir a través de su padre. En esos años descubre el arte, los jardines, la arquitectura efímera y las realizaciones arquitectónicas renacentistas, se casa en dos ocasiones y recibe la herencia paterna, convirtiéndose en rey de la Monarquía Hispánica.

Con ese bagaje es con el que regresa a España y empieza a gobernar y vivirá otra época de importancia vital en su existencia, pues es cuando se forja como rey. Son otros años claves —otra década aproximadamente; desde 1565 a 1575, más o menos—, pues en ellos se gestan los dos grandes ejes que distinguimos en la política filipina, el mediterráneo y el atlántico; son los años en que aparecen los grandes problemas que como rey Felipe II tiene que afrontar: la lucha contra el islam en la península —los moriscos— y en el Mediterráneo —los turcos, derrotados en Lepanto—; la sublevación flamenca, un problema creciente que no puede sofocar y se vislumbra el planteamiento de la batalla del Atlántico en sus versiones inglesa y portuguesa. Son cuestiones que acaparan la atención real en lo que quedaba de reinado.

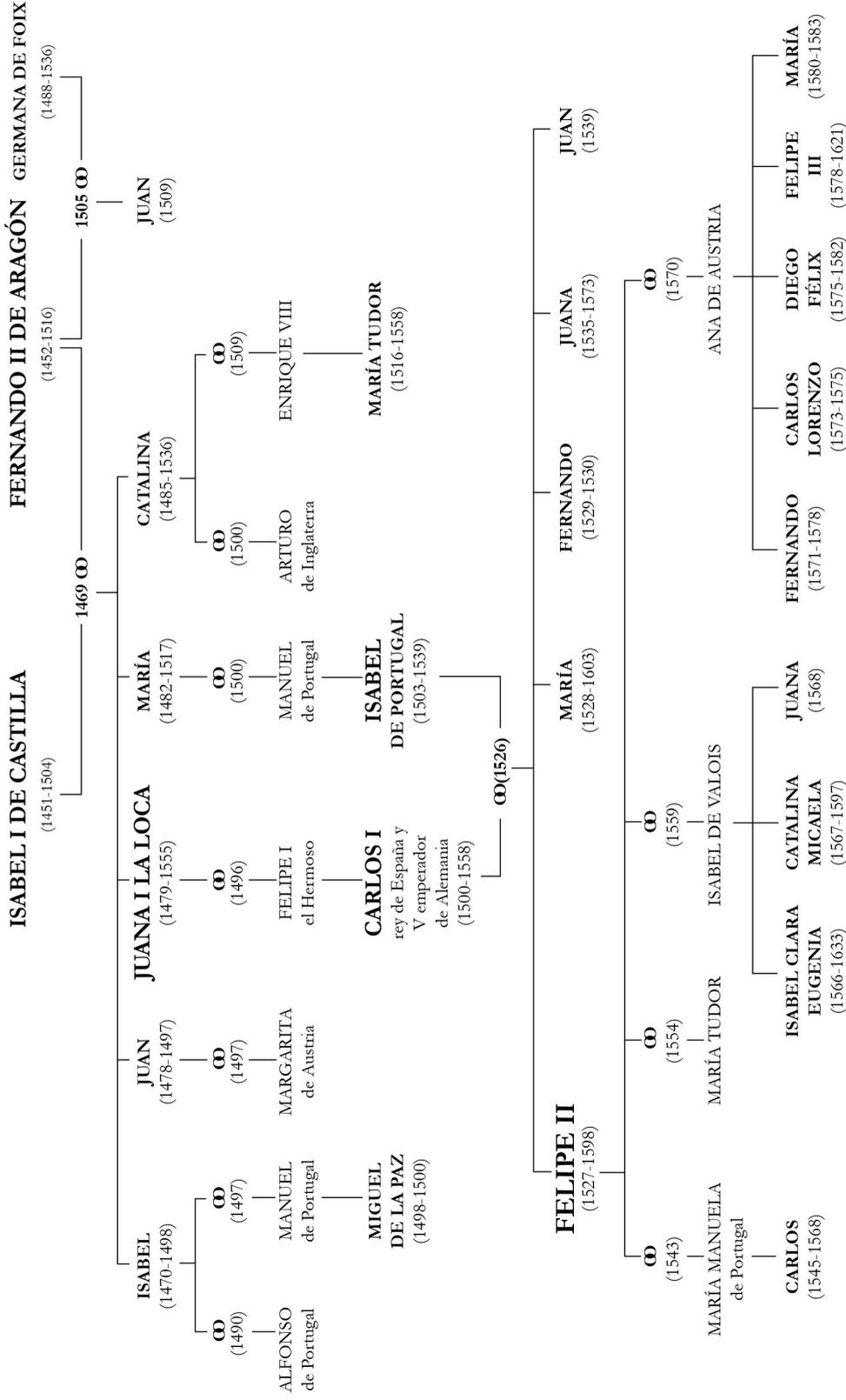
Como consecuencia de su gestión gubernamental, con una guerra omnipresente y unas ideas mantenidas en las diversas circunstancias, originan una múltiple oposición a la posición hegemónica adquirida a partir de 1580 con la anexión de Portugal, una oposición bélica y propagandística. Esa situación tiene su propia dinámica y entre sus resultados está la mitificación del rey, en lo que son clave otro grupo de años, los de la fase final de la vida del monarca, los que van de 1592 —más o menos— hasta más allá de su muerte.

El lector va a encontrar en las páginas que siguen el desarrollo de esas tres facetas que distingo en la figura de Felipe II y las va a encontrar en la secuencia vital del rey, que lo primero fue un hombre, un hombre que ha de formarse con vistas a las responsabilidades que le esperaban como cabeza de un gran imperio que se asentará en las cuatro partes del mundo entonces conocidas. Y es esa privilegiada —tal vez mejor decir singular o única— posición, desde la que ejerce un gobierno permanente, la que suscita la «escalada» de Felipe II a la categoría de mito, que ya no perderá hasta hoy, agigantada en los dos sentidos: la leyenda negra destacando rasgos negativos y la leyenda áurea ensalzando sus virtudes y aciertos.

No sé qué aceptación puedan tener las claves interpretativas de lo que fue y significó Felipe II. Tal vez, no las haya. Pero sí tengo claro lo que fue su vida y su gestión en función de esas tres vertientes que acabo de señalar. El lector podrá comprobar que sí me posiciono en esas claves, cuyo verdadero objetivo es que él tenga la oportunidad de comprobarlo

cuando lea este libro y que pueda estar o no de acuerdo conmigo. Lo que verdaderamente me interesa es, que en función de esas tres perspectivas, quien lea lo que aportamos aquí esté en condiciones de desprenderse de estereotipos y afirmaciones repetidas sin mucho fundamento y haga una valoración más ecuánime desde planteamientos diferentes de los que hay al uso, pudiendo aproximarse a la figura de Felipe II más estrechamente. Y como no le va a faltar información en este volumen de los acontecimientos que van fluyendo a lo largo del reinado, pueda él mismo dar una significación —o explicación— a aquel calificativo de abismal que le apliqué hace años al rey y que considere si fue con acierto o no.

† GENEALOGÍA †



I PARTE

HOMBRE

LA FAMILIA

Felipe II vivió setenta y un años (1527-1598). Sus padres fueron el Emperador Carlos V y su esposa Isabel de Portugal. Se casó cuatro veces. De su primer matrimonio tuvo un hijo, que murió en los inicios de la juventud. De sus segundas nupcias no hubo descendientes. Su tercera esposa le dio tres hijas, una de las cuales se malogró al poco tiempo de nacer. Su cuarto matrimonio fue el más prolífico, pues nacieron cuatro hijos y una hija, pero de todos ellos solo sobrevivió uno, el que sería el heredero.

Si consideramos el número de esposas y la descendencia habida en los cuatro matrimonios, vemos que la muerte aparece frecuentemente en la vida del monarca y, en cierto modo, contribuye a que la imagen enlutada del rey sea una de las más conocidas y difundidas, pues desde 1568, el año de la muerte del príncipe Carlos, el heredero de la Corona, Felipe II, vistió invariablemente de negro.

ABUELOS, PADRES Y TÍOS DEL REY

Carlos V solo se casó una vez. Tenía veintiséis años cuando contrajo matrimonio con Isabel de Portugal, que le dio seis hijos, de los que Felipe II fue el primogénito y heredero.

El primero de los reyes españoles de ese nombre (1516-1556), el padre de Felipe II, sería conocido, sobre todo, como Carlos V, empera-

dor del Sacro Imperio Romano Germánico (1519-1556). Su progenitor fue el archiduque Felipe el Hermoso, hijo del emperador Maximiliano I (1493-1519).¹ Su madre, la infanta española doña Juana, tercera hija de los Reyes Católicos, se convertiría en la heredera al fallecer en 1497 su hermano el príncipe don Juan, en 1498 su hermana Isabel, segunda en el orden sucesorio y reina de Portugal, y en 1500 muere también el príncipe don Miguel, hijo de Manuel I de Portugal y de su hermana Isabel; Juana sería la primera y única reina española de ese nombre, aunque más que por el numeral es conocida con el sobrenombre de *la Loca* (nacida en 1479, reina de Castilla desde 1504 y de Aragón desde 1516, fallecida en 1555).²

En 1496, Juana salió de Laredo, llegó a Midelburgo y se encontró con Felipe en Lierre, cerca de Malinas. La boda fue inmediata. Los contrayentes tenían diecisiete años ella y uno más él. El matrimonio duró solo diez años, hasta 1506, por la muerte prematura del esposo. Del matrimonio nacieron dos hijos varones y cuatro mujeres. Leonor fue la primogénita. Vino al mundo en Bruselas a mediados de noviembre de 1498; en primeras nupcias se casó con el rey de Portugal, Manuel I el Afortunado (1495-1521) —cuyas dos primeras esposas fueron Isabel y María, hijas de los Reyes Católicos—, del que enviudó y unos años después, contrajo segundas nupcias con Francisco I, rey de Francia (1515-1547), quedando también viuda, por lo que decidió regresar a España, donde vivió hasta su muerte, ocurrida en Talavera en 1558, cuando se dirigía a Portugal para ver a su hija, la infanta María, duquesa de Viseu, habida en su matrimonio con el rey portugués, con quien también tuvo un hijo, Carlos, que solo vivió unos meses. Enterrada en Mérida, el cuerpo de Leonor fue trasladado a El Escorial en 1574.

En Gante, el 24 de febrero de 1500, nació Carlos, el segundo hijo y heredero de Felipe y Juana, el que sería padre de Felipe II; pasó su infancia en Flandes, dirigida su educación por el señor de Chièvres y Adriano de Utrecht, que sería elegido papa, Adriano VI. Después de Carlos, vino al mundo en Bruselas, en 1501, Isabel, quien casó con Cristián II de Dinamarca (1513-1523), matrimonio del que nacieron Cristina, Dorotea, el elector palatino Maximiliano, el príncipe Juan de Dinamarca y Felipe Halstensson; Dorotea fue esposa de Federico, conde del Palatinado, y Cristina fue desposada por Francisco María Sforza, duque de Milán.

Cuando Cristián II perdió el trono, Isabel se estableció en los Países Bajos, donde murió en 1527, el mismo año que Felipe II nacía en Valladolid.

En 1503, en Alcalá de Henares, doña Juana —que había viajado con su marido desde Flandes para ser jurada como heredera de los reinos españoles— dio a luz a Fernando, que se educaría en Castilla y contraería matrimonio con Ana, hermana de Luis II rey de Hungría y Bohemia (1516-1526), muerto en la batalla de Mohac contra los turcos en 1526;³ al no tener descendencia, le sucedieron Fernando y Ana y por las abdicaciones de Carlos V, su hermano, en 1556 se convertiría en Fernando I, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, muerto en 1576.

En 1504 falleció Isabel la Católica,⁴ que dejaba como heredera de la corona de Castilla a su hija Juana, de vuelta ya a los Países Bajos, a donde regresó acompañando a su marido Felipe. En Bruselas, en 1505, nació una nueva hija del matrimonio, María, quien sería esposa de Luis II de Hungría y Bohemia, muerto en Mohac en 1526; María ya no volvió a casarse y su hermano Carlos la nombró gobernadora de los Países Bajos, regresando más tarde a Castilla, donde vivía su hermana Leonor, la reina viuda de Francia, muriendo en 1558 en Cigales, recibiendo sepultura en San Benito de Valladolid, para ser trasladada a El Escorial en 1574.

La muerte de Isabel la Católica planteó una crisis sucesoria al estar en Flandes Juana y Felipe y no renunciar a la gobernación de Castilla el rey viudo y padre de la nueva soberana. Una situación que se soluciona inicialmente por medio de la Concordia de Salamanca, de 1505, estableciendo un gobierno conjunto de Juana, Felipe y Fernando el Católico. Pero el acuerdo no duró, pues cuando llegó a Castilla la pareja real enseguida se manifestó el desacuerdo entre suegro y yerno, que ya contaba con apoyo de parte de la nobleza castellana. Una nueva concordia, esta vez firmada en Villafáfila (1506), tuvo como resultado la retirada a sus reinos aragoneses de Fernando y el reconocimiento como rey del esposo de Juana, Felipe I, en las Cortes reunidas en Valladolid, que se negaron a admitir y proclamar la incapacidad mental de la reina, que ya estaba dando muestras de su inestabilidad psicológica, atribuida a los celos motivados por las infidelidades de Felipe, de forma que son estas las causantes de los sobrenombres con que se conoce a la pareja en la Historia. El de *Hermoso* parece hacer referencia más que a una belleza física al éxito de sus conquistas entre el sexo femenino. El de *Loca* se atribuye a la enaje-

nación mental causada por el comportamiento de un marido incorregiblemente infiel.

Pero la nueva forma de gobierno compartido en Castilla no duró, pues Felipe murió inesperadamente en Burgos, al sobrevenirle una fiebre muy alta, que se prolongó durante varios días, agravada por la sangre que escupía sin que el habitual e infructífero recurso terapéutico al que recurrieron los médicos, sangrarlo, diera resultado. Felipe murió en la madrugada del 26 de septiembre de 1506. Su muerte fue atribuida a un posible envenenamiento⁵ por parte de su suegro Fernando el Católico, a una pulmonía como consecuencia de jugar a la pelota en un sitio frío y beber agua helada para refrescarse o a la peste que azotaba Castilla.

La muerte de Felipe tuvo trágicas consecuencias para Juana, anulada como reina, primero por su esposo, luego por su padre y por último por su hijo Carlos. El fallecimiento de su marido puso en evidencia el estado mental de Juana con un comportamiento que el cine, la literatura y el arte han potenciado en sus rasgos más efectistas, si bien a ello dio pie el cortejo fúnebre que deambuló por Castilla, negándose a refugiarse en conventos o lugares habitados, pasando noches a la intemperie y otras rarezas, que se han explicado recurriendo a la locura de Juana como denominador común, pues en ocasiones explicaba que su marido dormía, se negaba a que lo depositaran en un convento al final de una etapa por temor a que alguna monja se convirtiera en otra amante ocasional de su esposo y otras explicaciones, entre las que está la de que el cortejo se desplazaba en la forma que lo hizo porque se quería evitar la epidemia que entonces afectaba a una parte de Castilla, precisamente la zona en que murió Felipe y su entorno. Finalmente, el difunto fue enterrado en la cartuja de Miraflores y su hijo Carlos lo trasladó a la Capilla Real de Granada, donde yace en un soberbio sepulcro, a cuyo lado, años más tarde, sería enterrada también Juana.

Cuando murió Felipe, su esposa estaba embarazada y dio a luz en 1507 a otra hija, Catalina; sería la compañera de su madre cuando fue encerrada en Tordesillas, apartada del trono y de la política, considerada como una loca peligrosa, tratada con dureza y sin consideración por la servidumbre hasta que su hijo Carlos suavizó su encierro, pero sin liberarla. Lo único gratificante en su prisión de Tordesillas —un palacio hoy desaparecido— fue la compañía de su hija Catalina, que permaneció a

su lado hasta los diecisiete años, en que salió para casarse en Salamanca en 1525 con su primo el rey Juan III de Portugal (1521-1557), hermano de Isabel, la esposa de Carlos V y madre de Felipe II. Catalina y Juan tuvieron nueve hijos: Alfonso (vivió menos de dos meses), María Manuela (sería la primera esposa de Felipe II, su primo), Isabel (solo sobrevivió un año), Beatriz (vivió menos de un mes), Manuel (murió a los seis años de edad), Felipe (que tampoco superó los seis años de vida), Dionisio (no llegó a los dos años de existencia), Juan (vivió de 1537 a 1554, se casó con Juana, hija de Carlos V) y Antonio (que no llegó al año de vida).

El encadenamiento de muertes dentro de una misma familia era frecuente en la época, como consecuencia del denominado régimen demográfico de tipo antiguo, caracterizado por una elevada tasa de mortalidad, ligeramente inferior a la de natalidad, agravada por la mortalidad catastrófica (originada por guerras, epidemias y crisis de subsistencias) y con una dramática y alta mortalidad infantil. Por ello, la muerte de los infantes portugueses no es excepcional, pero fue determinante en la vida de Catalina, ya que cuando murió su esposo en 1557, al no sobrevivir ninguno de los hijos, le sucedió en el trono su nieto Sebastián, de tres años de edad, hijo de Juan y de Juana de Austria, hija de Carlos V, hermana de Felipe II.⁶

Juana enviudó el mismo año que nacía Sebastián, en 1554 y abandonó Lisboa, dejando el bebé a cargo de Catalina, la reina viuda y regente del reino por la minoría de edad de Sebastián. Juana ya no volvió a ver a su hijo, si bien mantuvo con él una intensa correspondencia que se prolongó hasta la muerte de la madre en 1573, habiendo sido regente en España por ausencia de Carlos V y de Felipe II entre 1554 y 1559. En Portugal, Catalina, como regente, se convirtió en celosa defensora de los derechos de Sebastián I el Deseado (1554-1578),⁷ oponiéndose a un proyecto de unión peninsular atribuido a Carlos V. En 1562, decide cederle la regencia a su cuñado el cardenal don Enrique, que se convierte en rey de Portugal, Enrique I (1578-1580), a la muerte de don Sebastián en la batalla de Alcazarquivir. De setenta y un años de edad, débil de salud, la muerte de don Enrique deja al trono portugués sin sucesión directa y en la crisis que se origina, Felipe II será el candidato a ocuparlo con mejores derechos, como así sucedería.

Muchos de los sucesos relatados se desarrollaron todavía en vida de Juana la Loca, la abuela de Felipe II. Pero en su encierro de Tordesillas no

sería muy consciente de la realidad, pues sus periodos de lucidez no eran frecuentes ni duraderos y, además, pocas noticias del exterior le llegarían. Habría alguna excepción en ese aislamiento; especialmente significativa fue su entrevista con la Junta Santa durante la revuelta comunera, cuando los sublevados quieren recurrir a ella como alternativa en el conflicto con su hijo Carlos I, entonces en Alemania para asumir la corona imperial, a la que había sido elegido y convertirse en el emperador Carlos V.

Encerrada y en tan lamentable situación mental, Juana I vivió hasta 1555. De su estado se han dado numerosas explicaciones desde la que circuló a principios del siglo XVI, que explicaba su encierro como consecuencia de la enfermedad mental que padecía. Después, entre los diagnósticos que se han hecho están sufrir melancolía, padecer una severa depresión, haber heredado la esquizofrenia o ser víctima de una perturbación afectiva y esquizoide. También se ha destacado la similitud de su enfermedad —podía ser la misma— con la de su abuela materna Isabel de Portugal, segunda esposa de Juan II de Castilla (1406-1454), madre de Isabel la Católica y Alfonso, enfermedad que afloró manifiestamente cuando fue encerrada por su hijastro Enrique IV (1454-1474) en el castillo de Arévalo. En lo que sí parece haber cierta unanimidad es en que su mal, fuera el que fuese, se agravó como consecuencia de su prolongado encierro y la pérdida de su condición real al estar bajo la autoridad —más que bajo los cuidados— de quienes debían ser sus sirvientes y eran, más bien, carceleros, de los que fueron especialmente duros Bernardo de Sandoval y Rojas y su esposa Francisca Enríquez, marqueses de Denia.

Desde bien iniciada la segunda mitad del siglo XIX hay una nueva fundamentación de la tesis que ya se apuntó en su día: la reina Juana no estaba loca, fue víctima de una confabulación de su padre, esposo e hijo, los tres acordes en mantenerla encerrada.⁸ La razón de esta inmisericorde contumacia en el encierro podía radicar en la necesidad de legitimar el ejercicio del poder por parte del marido, del padre y del hijo de la reina presa, situación que algunos consideraron resultado de una usurpación de los derechos de Juana I, lo que puede contribuir, en parte, a explicar que la Junta Santa comunera recurriera a ella durante la sublevación de las ciudades contra su hijo. Por otro lado, las acusaciones de impiedad manifiesta que se atribuyen a Fernando el Católico y a Carlos V por el

trato dispensado a Juana I llegan al extremo de imputarles la desaparición de los testimonios documentales del encierro y la destrucción de toda la documentación comprometedora de sus conductas, imputaciones que se han querido extender hasta la complicidad del mismo Felipe II, del que se dijo que había eliminado documentos relacionados con su abuela.

Más atrás hemos apuntado que Carlos iba a ser educado en Flandes, donde pasó su infancia y adolescencia y quienes fueron los principales responsables de su educación, supervisada por su tía Margarita (1480-1530), viuda del infante don Juan, hijo de los Reyes Católicos y cuñada de Juana I. En esos años, Carlos pudo comprobar la riqueza de los Países Bajos, uno de los focos de desarrollo económico en Europa, por donde circulaban y se difundían las corrientes culturales y religiosas entonces en boga, con dos figuras señeras: la de Erasmo de Róterdam, el humanista por antonomasia y por el que, al parecer, llegó a sentir admiración, y Martín Lutero, el fraile que desencadenaría la reforma religiosa protestante en el Sacro Imperio Romano Germánico a lo largo de su reinado y con el que se enfrentaría.

Declarado mayor de edad a comienzos de 1515, poco antes de cumplir los quince años, Carlos se convirtió en el soberano de los Países Bajos en plenitud de sus derechos como tal. Pero la dirección política la ejerció de hecho Guillermo de Croy, señor de Chièvres y mariscal de su corte. La declaración de la mayoría de edad de Carlos no fue muy del agrado de su abuelo Fernando el Católico, que en desacuerdo con la educación flamenca que había recibido, tenía especial predilección por su otro nieto, Fernando, que sí había sido educado en Castilla y al que en el testamento que realizó en Burgos en 1515 nombró gobernador de Castilla y Aragón, pues había pensado en él como sucesor de los reinos españoles, mientras Carlos, ya señor de los Países Bajos, le sucedería en Nápoles y Sicilia.

Cuando el contenido del testamento fue conocido en Flandes, se reunieron los consejeros, entre ellos el gran canciller Jean Sauvage y Chièvres, reunión a la que asistieron los españoles que estaban en la corte de Bruselas, es decir el embajador don Juan de Lanuza, don Diego de Guevara y el obispo de Badajoz, don Alonso Manrique, acordando que viniera a España Adriano de Utrecht, quien consiguió en sus entrevistas con el doctor Carvajal y los licenciados Vargas y Zapata que el rey Fernando, en

un segundo testamento realizado poco antes de morir en Madrigalejos en enero de 1516, restableciera el legitimismo sucesorio, del que el cardenal Cisneros ya se había manifestado partidario y en este sentido había aconsejado al monarca. Cisneros asumiría la regencia hasta la llegada de Carlos, al que no conoció personalmente, pues Cisneros murió antes de entrevistarse con él, cuando procedente de Flandes, el nuevo rey ya había desembarcado en Tazones en septiembre de 1517.⁹

Carlos I llegaba acompañado de un nutrido séquito flamenco-borgoñón con Chièvres al frente. Los recién llegados pusieron especial empeño en que el nuevo rey no fuera accesible a sus súbditos castellanos y procuraron aprovechar su privilegiada situación en el entorno real para acumular riquezas y prebendas con el consiguiente malestar de los naturales, que se esforzaron en llegar al monarca y presentarle sus reivindicaciones. La situación degeneró, aumentando el descontento de las ciudades, molestas por la falta de atención del rey a sus demandas, la rapiña de los extranjeros y las peticiones de dinero del soberano, que subieron de punto cuando se supo la elección de Carlos como emperador, acentuando la impresión de que los asuntos españoles quedarían postergados por los del Imperio.

Finalmente, el desencuentro se produjo en los inicios de 1520. La sublevación de las ciudades castellanas provocó la denominada guerra de las Comunidades, que se prolongaría hasta la derrota de los sublevados en Villalar el 23 de abril de 1521. Conflicto casi simultáneo a las Comunidades, pero de diferente contenido —más social que político— fue el de las Germanías valenciana y mallorquina, que empiezan a gestarse en 1520 y concluyen en 1523 con el triunfo real sobre los agermanados.

Superado el desencuentro, ya no habría más sublevaciones y en los años inmediatamente siguientes se produjo lo que he llamado el «ensamblaje hispano-carolino», consecuencia de la mayor integración de españoles en los colaboradores directos y próximos a Carlos V y por la gestión que realizan en los reinos españoles durante sus ausencias Isabel de Portugal, esposa de Carlos, y Francisco de los Cobos, todopoderoso secretario que goza de la confianza del soberano.

Carlos V se casó solo una vez, en 1526, y a edad más bien tardía para la época. Pero antes había sido objeto de frustradas alianzas matrimoniales, empezando por la ajustada en el tratado de Noyon de 1516, según

la cual se realizaría su matrimonio con Luisa, hija del rey de Francia Francisco I (1515-1547), que recibiría los derechos sobre Nápoles; en el acuerdo se preveía que si la novia moría y en caso de que eso sucediera, como ocurrió, Carlos desposaría a Claudia, hermana de la difunta, pero la boda no se materializó.

Cuando en 1522 Carlos viajó a Inglaterra, los reyes Enrique VIII (1509-1547) y Catalina de Aragón, tía del emperador, concordaron con él un tratado de alianza contra Francisco I, con el que Carlos estaba en guerra, y como sello de la alianza, este desposaría a María Tudor, hija de la pareja real inglesa, prima de Carlos, nacida en 1516. Tampoco se realizaría esta unión, pero ella desposaría años más tarde a su sobrino Felipe II. En 1525, las cortes reunidas en Toledo mostraron su deseo de que el rey se casara con la infanta portuguesa Isabel, unión que sí se llevó a efecto. Ella sería la madre de Felipe II.¹⁰

Isabel era tres años más joven que Carlos. Había nacido en Lisboa en 1503 y era hija de don Manuel el Afortunado (1495-1521) y María, la infanta castellana nacida del matrimonio de los Reyes Católicos.¹¹ Era, pues, nieta de los Reyes Católicos y prima hermana de su futuro marido. Los desposorios se celebraron el 25 de octubre de 1525. La entrega de la futura esposa del emperador tuvo lugar en Elvas, a donde llegó con un séquito en el que estaban sus hermanos Luis y Fernando, el duque de Braganza y otros miembros de la nobleza lusitana. El 7 de enero de 1526, la esperaban a este lado de la frontera el duque de Calabria, don Fernando de Aragón (quien se casaría en 1526 con Germana de Foix, la segunda esposa de Fernando el Católico), los duques de Medina Sidonia y de Béjar y otros aristócratas españoles.

Cuando Isabel se encontraba a 7 kilómetros de la frontera, dejó la litera que la llevaba y se subió a una hacanea blanca; el séquito portugués se despidió después de besarle la mano y sus hermanos la acompañaron hasta la raya fronteriza, donde aguardaban los españoles, que desmontaron y le besaron la mano en señal de sumisión y acatamiento. Ya en territorio español, en medio de otras formalidades, el duque de Béjar hizo que dieran lectura al poder que traía del emperador para recibirla. Acto seguido, el infante don Luis tomó la rienda de la hacanea y procedió a la entrega formal de su hermana, ratificando el acto trompetas y tambores. Luego los infantes portugueses se despidieron de Isabel y el marqués de

Villa Real y otros nobles portugueses, que habían sido nombrados servidores de la infanta, se unieron a la comitiva española, que se dirigió a Badajoz, donde las fiestas se prolongaron durante días.

Desde allí, la futura emperatriz se dirigió a Sevilla, a la que llegó el 3 de marzo de 1526, recibida apoteósicamente; en la ciudad andaluza se produjo el encuentro de los esposos. La ceremonia nupcial, oficiada por el cardenal Salviati, nuncio pontificio, tuvo lugar en la sala Media Naranja del alcázar sevillano. Fueron designadas para servir a Isabel su camarera la duquesa de Faro y las duquesas de Medina Sidonia y de Nassau. Tras la cena y después de la media noche, el arzobispo de Toledo ofició una misa y, según costumbre, veló a los esposos, asistido por el duque de Calabria y la condesa de Haro. La luna de miel del nuevo matrimonio discurreó en medio de fiestas y celebraciones en Sevilla, que continuaron en Granada, cuando la imperial pareja se trasladó a esa ciudad, donde pasaron el verano y en noviembre los esposos decidieron marcharse a Valladolid. Ya era conocido el feliz embarazo de Isabel: Felipe II había sido engendrado.

Las reiteradas ausencias de Carlos V de España, debidas a la complejidad de la política internacional, hicieron que Isabel se convirtiera en regente en varias ocasiones y fue la gobernadora de hecho de los reinos españoles peninsulares. Durante los trece años que duró el matrimonio, la pareja convivió seis de manera discontinua, tanto por la marcha del emperador a otros de sus dominios, como por su afición cinegética o los retiros espirituales con ocasión de la Semana Santa.¹²

Por tales ausencias, Isabel asumirá la responsabilidad del gobierno en la península en los periodos 1529-1532, 1535-1536 y 1538-1539, siete años en total, en los que fue gobernadora del conjunto de los reinos españoles en la mayoría de las ocasiones y solo de Castilla durante dos breves estancias de Carlos en la Corona aragonesa. Gobernó desde Castilla —solo una vez se adentró en Aragón, en 1533 para esperar en Barcelona el retorno del esposo de uno de sus viajes— con una corte itinerante. Itinerancia debida a la búsqueda de las mejores condiciones de salubridad para sus hijos y para ella misma, pero moviéndose en el entorno de las principales ciudades castellanas, mostrando clara predilección por Valladolid y Madrid en los años finales de su regencia y de su vida, pues murió en 1539.

No cabe duda de que el gran apoyo español de Carlos V fue su esposa, a la que se ha comparado, en ocasiones, con su tía-abuela Isabel la Católica, al advertir —o imaginar— similitudes en la manera de ser y de actuar en política de ambas soberanas. En cualquier caso, Isabel asistió desde su condición de regente y gobernadora al desarrollo de la política de su esposo en Europa, quien con frecuencia le escribía interesándose por determinados asuntos y cuestiones, dando normas de actuación y pidiendo dinero.

Nada más ser elegido emperador, Carlos V tendrá que enfrentarse a la guerra en Europa, que en sus inicios es simultánea con el final de la sublevación de las Comunidades. Los años que van de 1521 a 1530 constituyen una de las décadas claves del reinado, pues en ella se abren los tres frentes de la política imperial y que trascienden la misma vida del emperador: contra Francia, contra los protestantes alemanes y contra los turcos.¹³ Las guerras con Francia abarcan todo el reinado, desde 1520 hasta 1556, cuando la tregua de Vaucelles interrumpe el belicismo momentáneamente, pero el enfrentamiento continuará hasta 1559, ya con Felipe II en el trono. La cuestión protestante desatada por Lutero se convierte en irreversible y culminará en la guerra de los Treinta Años (1618-1648), la más sangrienta conocida en Europa hasta entonces. Los turcos provocarán la mayor amenaza cuando asedian Viena en 1529 y donde son rechazados en 1532, pero ello no supone el cese de una dura lucha de desgaste en la frontera austro-turca y en el mar, que se alargará durante décadas.

Una herencia difícil y compleja que recibirá Felipe II y que tendrá que afrontar, pese a los problemas específicos que se plantearán en su reinado, ya que el conflicto que le queda más lejos es la rivalidad austro-turca y se libera de los problemas internos del Sacro Imperio Romano Germánico, pero no podrá desentenderse completamente por la colaboración con la rama vienesa de la familia de los Habsburgo. Si bien la guerra con Francia se zanjará en la paz de Cateau Cambresis (1559), la ayuda a los católicos en las guerras de Religión y la defensa de la candidatura de su hija Isabel Clara Eugenia al trono francés mantiene el belicismo, y con los turcos se lucha en el mar y en el norte de África. Indudablemente, hay que diferenciar entre los planteamientos y las motivaciones políticas del reinado de Carlos V y las surgidas en el de su

hijo Felipe II, lo que nos permitirá páginas más adelante distinguir entre la política heredada y la política personal de este último, más compleja y amplia, si cabe, que la de su padre.

Después de abdicar en Bruselas, Carlos V se retiró a Yuste,¹⁴ apartado de la política, pero atento a lo que sucedía en la guerra con Francia que su hijo Felipe II mantenía con Enrique II (1547-1559), hijo de su constante enemigo Francisco I. Carlos llegó a su retiro el 3 de febrero de 1557 y una de las primeras cosas que realiza son los funerales por su madre, la reina Juana I, muerta en Tordesillas el 12 de abril de 1555, sepultada en la Capilla Real de Granada, junto a su esposo Felipe el Hermoso. Tapices negros cubrieron paredes y ventanas y enseguida, las murmuraciones y consejas populares decían que el emperador celebraba sus propios funerales antes de morir, lo que sucedió el 21 de septiembre de 1558. Su cuerpo está enterrado en El Escorial. Su hijo Felipe se hallaba aún en Flandes, de donde salió hacia España el 29 de agosto de 1559 y llegó a Valladolid el 8 de septiembre, donde asistiría a un auto de fe.

HERMANOS, HERMANAS Y SOBRINOS DE FELIPE

Cuando Carlos llegó a España para tomar posesión de sus herencias castellana y aragonesa, conoció a Germana de Foix, la que fuera segunda esposa de su abuelo Fernando. Él tenía diecisiete años y ella doce más; muy pronto intimaron y de esa relación nacería Isabel de Castilla, que nunca fue reconocida por Carlos.

En su viaje al Imperio al ser elegido emperador, Carlos V tuvo una relación amorosa con Juana María van der Gheynst, dama de una familia aristocrática flamenca; como consecuencia de tal relación nació en Oudenaarde en diciembre de 1522 una niña que se llamó Margarita. En 1529, cuando tenía siete años, se concertó su boda con un sobrino del papa Clemente VII, Alejandro de Médicis; dada la edad de la novia, la boda tuvo que esperar hasta 1535 y se celebró en Nápoles, estando presente el emperador, que dio como dote a su hija el ducado de Florencia. El matrimonio duró nada más que dos años, porque Alejandro murió como consecuencia de un lance amoroso. Margarita quedó viuda y sin descendencia. La pretendió entonces Cosme de Médicis, pero Carlos le

cedió únicamente el título del ducado de Florencia, ya que había comprometido a su hija con Octavio Farnesio, nieto de Paulo III e hijo del duque de Camerino, Pedro Luis Farnesio, que sería también duque de Parma y Plasencia. Desde entonces la hija de Carlos V será conocida como Margarita de Parma.¹⁵ Del matrimonio nació Alejandro Farnesio, que sería una de las figuras militares más importantes del reinado de Felipe II, como tendremos ocasión de ver más adelante. La madre fue gobernadora de los Países Bajos hasta su retirada de la política con la llegada del duque de Alba a raíz de la sublevación; ella se volvió a Parma y allí murió en 1586.

También tuvo Carlos V otra hija, llamada Juana, con una servidora del conde de Nassau, que en 1523 ingresó en el convento agustino de Madrigal de las Altas Torres y moriría al poco tiempo. De su relación con Ursulina de la Penna, dama italiana famosa por su belleza, nació otra niña, a la que llamaron Tadea, que todavía vivía en la década de 1560.

De su matrimonio con la emperatriz Isabel, Carlos V tuvo cinco hijos; los tres primeros fueron varones. El primogénito sería Felipe II, que nació en Valladolid el 21 de mayo de 1527, en el palacio de don Bernardino Pimentel, en las inmediaciones de San Pablo. El parto fue bastante penoso, poniendo a prueba la resistencia al dolor de la madre, que decidió parir a oscuras para que nadie pudiera ver sus gestos de dolor, que soportaba sin una queja; no pudo levantarse hasta el 12 de junio, saliendo entonces a misa vestida de blanco, siguiendo una costumbre portuguesa.

Para entonces, Felipe ya había sido bautizado, pues el 5 de ese mes fue sacado por una ventana que daba a la plaza para que recibiera el sacramento en San Pablo, ya que si lo sacaban por la puerta, el bautizo tendría que celebrarse en la parroquia a la que pertenecía la casa de los Pimentel. En medio de una enorme expectación popular, el príncipe fue descolgado a la calle y llevado al templo; la ceremonia fue oficiada por el arzobispo de Toledo y se le impuso el nombre de su abuelo paterno, introductor de la dinastía en los reinos españoles. El 19 de abril de 1528, en las Cortes reunidas en Madrid, fue jurado como heredero; así lo reconocieron los dos brazos que componían la institución, el de los privilegiados —clero y nobleza— y el de los procuradores, representantes de las ciudades que tenían voto en Cortes. En el juramento estuvo presente la reina de Francia y tía del rey, doña Leonor, que se había casado dos

años antes con Francisco I, rey de Francia, en una ceremonia que tuvo lugar en Illescas.

Los embarazos de la reina-emperatriz se sucedieron con rapidez y con la misma rapidez se malograban los resultados de los partos, hasta el punto de que en 1528 se sitúa el nacimiento de tres de los hijos del matrimonio, los dos varones que siguieron a Felipe y la primera hembra; al no ser en ningún caso un parto múltiple, resulta imposible la secuencia temporal de los tres alumbramientos en el mismo año. El segundo hijo, al que se le impuso el nombre de Juan, nació y murió en Valladolid en 1528; fue enterrado en San Pablo y más tarde se le llevó al panteón de El Escorial. También vivió muy poco el tercer hijo del matrimonio imperial, llamado Fernando.

La que sí tuvo una larga vida fue la primera de las hijas de Carlos y de Isabel, nacida el 21 de junio de 1528, a la que se bautizó con el nombre de María. A los veinte años de edad, en 1548, se casó en Valladolid con su primo el archiduque Maximiliano, hijo de Fernando, el hermano de Carlos V. Al parecer, la boda respondía a la pretensión carolina de apartar al novio de la sucesión en el Imperio, pues se deseaba que a Fernando le sucediera Felipe, el heredero español. La pareja permaneció en España y en 1551, a consecuencia del primer viaje por Europa de Felipe II estando fuera también Carlos V, Maximiliano quedó como regente o gobernador. Cuando el príncipe heredero regresó, la pareja salió hacia Alemania.

María se dedicó entonces por entero a su familia, logrando que la vida licenciosa anterior de su esposo cambiara, como también controló su tendencia hacia el protestantismo, pues ella era una ferviente católica. Cuando después de la paz de Augsburgo de 1555, llegó el momento de plantear las abdicaciones de Carlos V, Maximiliano apoyó decididamente a su padre frente a las pretensiones de excluirlo de la sucesión en el Imperio a favor de su primo Felipe, transigiendo el emperador en dividir sus posesiones. Establecido ya su padre Fernando en el Imperio y en los dominios austriacos, comienza la ascensión de Maximiliano, que se convierte en rey de Bohemia y rey de Romanos en 1562, al año siguiente fue rey de Hungría y desde 1564 hasta que murió en 1576, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

Su esposa María le dio quince hijos a lo largo de su vida matrimonial; varios de ellos se educaron en España y algunos están enterrados en

El Escorial. La primogénita fue Ana de Habsburgo, que nació en Cigales en 1549 y se convertiría en la cuarta esposa de su tío Felipe II, a quien daría el heredero, el futuro Felipe III. El segundo hijo, Fernando, vino al mundo en 1551 y murió al año siguiente. El tercero nació en Viena en 1552, sucesor de su padre, fue el emperador Rodolfo II, muerto en 1612. El año de nacimiento de Fernando fue 1553, quien vivió hasta 1595. El mismo año en que murió su hermana Isabel, que vino al mundo en 1554 y sería reina de Francia por su matrimonio con Carlos IX (1560-1574). María vio la luz en 1555 y falleció al año siguiente. Matías, nacido en 1557, se casó en Viena en diciembre de 1611 con su prima Ana de Habsburgo-Gonzaga, hija de su hermano Fernando y de su esposa y sobrina Ana Catalina Gonzaga de Mantua, nacida en 1566 y muerta en 1621. Matías se convirtió en el emperador Matías I (1612-1618) al suceder a su hermano Rodolfo II. En 1617, Ana consiguió que su esposo fundara la iglesia de los capuchinos en Viena, pues ella quería ser enterrada allí, razón por la que su marido hizo construir la cripta imperial. Matías fue sepultado en ella, lo mismo que Ana cuando y desde entonces, la cripta se convirtió en el lugar de enterramiento de los titulares del Sacro Imperio Romano Germánico. Matías y Ana no tuvieron descendencia.

Después de Matías, Maximiliano II y María trajeron al mundo a Maximiliano en 1558, quien electo rey de Polonia y Gran Maestre de la Orden Teutónica, vivió hasta 1618. Alberto Ernesto, nacido en 1559, más conocido como el archiduque Alberto, fue virrey e inquisidor general de Portugal después de que Felipe II regresara a Madrid tras la conquista del reino, donde permaneció desde 1583 hasta 1594; con el título de cardenal de Santa Cruz de Jerusalén, a la muerte del arzobispo de Toledo Gaspar de Quiroga, le sucedió en la sede toledana en 1594. Dos años después fue nombrado gobernador general de los Países Bajos, renunciando en 1598 a la sede arzobispal y al cardenalato para casarse con Isabel Clara Eugenia, su prima, hija de Felipe II y de Isabel de Valois; con motivo de la boda, en ellos abdicó el rey español los Países Bajos en 1598; el matrimonio se celebró el 18 de abril de 1599. La pareja fue soberana de ese territorio hasta la muerte del archiduque en 1621, convirtiéndose entonces su esposa en gobernadora, volviendo Flandes a la corona española.

Wenceslao nació en 1561, gran Prior de la Orden de San Juan, murió en 1578. Su hermano Federico, que nació un año después, falleció

en 1563. Su hermana María tuvo una suerte parecida, ya que nació y murió en 1564, lo mismo que Carlos, que solo estuvo en este mundo un año, aproximadamente: nació en 1565 y falleció en 1566. Margarita vino al mundo en 1567, profesaría como monja y como tal entregó su alma en 1633. Leonor, la última descendiente del matrimonio de Maximiliano II y María, vino al mundo en 1568 y lo dejó siendo una niña en 1580.

Desde 1576, ya viuda, María deseaba volver a Madrid, pero su intención no se cumplió hasta 1581, en que regresó con su hija Margarita, que quiso profesar en vez de ser la quinta esposa de su tío Felipe II. Antes de establecerse en la capital, estuvieron con el rey en Portugal, donde quedó como virrey Alberto, hijo de María. De vuelta a Madrid, María y Margarita ingresaron en el convento de las Descalzas. María no profesó y aunque mantuvo un numeroso séquito —en él estaban los Argensola y el músico Tomás de Vitoria, capellán de la comunidad religiosa—, mantuvo una vida ejemplar como terciaria franciscana hasta su muerte en 1603, siendo enterrada en el mismo convento. Margarita sí profesó.

La emperatriz Isabel abortó en 1529 y como consecuencia de las continuas ausencias del esposo, ya no dio a luz hasta 1535, cuando a mediados de año nació la última hija de la pareja imperial, a la que llamaron Juana —su hermano Felipe fue el padrino en el bautismo—, que con diecisiete años de edad se casó con Juan, hijo de Juan III de Portugal y de Catalina; fueron los padres de don Sebastián, al que el padre no conoció, pues murió antes de que este naciera y la madre volvió a Madrid, como ya hemos señalado en páginas atrás. Una vez en España, Juana fundó el convento de Las Descalzas Reales en Madrid, y en Alcalá, el Real Colegio de San Agustín, además de favorecer otras instituciones religiosas, como el madrileño Colegio Imperial de los jesuitas y el convento de San Felipe. Las ausencias de su padre y hermano, la convierten en gobernadora de los reinos españoles durante 1554 y 1556. Murió en El Escorial, pero fue enterrada en el convento de Las Descalzas, que ella había fundado.

La emperatriz tuvo un embarazo más, pero el hijo nació muerto y de resultas del mal parto murió el 1 de mayo de 1539. Su cadáver fue llevado a Granada, escoltado por Francisco de Borja, marqués de Lombay y primogénito del duque de Gandía; la contemplación del descompuesto cadáver de la emperatriz le produjo tal impresión que se le atri-

buye la frase de «no serviré a más señores que se me puedan morir»; ingresó poco después en la orden de los jesuitas, de la que llegó a ser general. En Granada, estuvieron los restos de Isabel hasta que su hijo ordenó su traslado a El Escorial en 1574.

Carlos quedó muy afectado por la muerte de su esposa y durante cierto tiempo se encerró abatido en el monasterio de la Sisa. Muy pronto iba a cumplir cuarenta años, pero no volvió a casarse, aunque sí tuvo un hijo años después, don Juan de Austria,¹⁶ que nació en Ratisbona el 24 de febrero de 1545. Con motivo de la dieta convocada en Ingolstadt, cerca de Ratisbona, en 1546 Carlos acudió a ver a su hijo, casando a la madre, Bárbara de Blomberg, con un caballero de su séquito. En 1550, Carlos decidió enviar a su hijo a España, consultando el tema con don Luis Méndez de Quijada, su mayordomo, señor de Villagarcía de Campos, quien ofreció como residencia para el niño Villagarcía, donde contaría con la ayuda de la esposa del mayordomo, doña Magdalena de Ulloa, o Leganés, lugar cercano a Madrid, en el que don Luis podía contar con el clérigo Bernabé Vela, emparentado con uno los criados que servían en su casa. El emperador, que pensaba dedicar a su hijo a la Iglesia, optó por este último lugar.

Para enviar al niño a España, Carlos V aprovechó el regreso de Felipe II y Quijada y que el músico flamenco Francisco Massy, casado con una española, Ana de Medina, quería establecerse en el pueblo de su mujer, que era precisamente de Leganés. Así que el niño y el músico se unieron a los acompañantes de Felipe, desembarcaron en Barcelona y poco después llegaban ambos a Leganés, sin saber del niño más que era hijo de Adrián de Bois, uno de los ayudas de cámara del emperador. Sin embargo, los progresos en la educación de don Juan fueron tan escasos que su padre decidió que cambiara a Villagarcía, toda vez que el cura no se ocupaba de él y el sacristán Francisco Fernández poco podía enseñarle, así que don Juan —*Jeromín* como le llamaban— iba a la escuela de Getafe y la mayor parte del tiempo se entretenía disparándole flechas a los pájaros con una ballestilla.

Don Luis lo enviaría a Villagarcía sin decirle a su mujer —el matrimonio no tenía hijos— quién era realmente el niño, al que le rogaba que cuidara como si fuera hijo suyo. Un día se presentó una carrocilla en Leganés, de la que bajó Charles Prebost, criado del emperador, con cartas

para Ana de Medina, viuda por la muerte de Massy. El recién llegado llevaría el niño a Villagarcía y lo entregó a doña Magdalena; aunque no se sabe mucho de su estancia en su nueva residencia, sí hay constancia del interés que puso la nueva responsable de la educación del niño, que la llamaba tía y siempre sintió por ella un gran afecto. Doña Magdalena procuró fomentar las buenas inclinaciones de don Juan y le asignó buenos maestros, como fueron Guillén Prieto, capellán y doctor por Salamanca, y Juan Galarza, un escudero que lo iniciaría en ese ambiente caballeresco.

Cuando Carlos V regresó a España en 1556 para retirarse a Yuste, le encargó a Quijada que recogiera a don Juan y lo llevara como paje en el camino hacia el monasterio extremeño. En Jarandilla, el niño le presentó a su padre un obsequio que le enviaba doña Margarita. Don Juan tenía once años y su padre hacía seis que no lo veía. Dos años después, en 1558, Quijada y su esposa acudieron a Yuste a visitar al emperador y llevaban de paje a Jeromín: fue la última vez que padre e hijo se vieron. Carlos V le encargó a Felipe II que cuidara de su hermano y que siempre lo tuviera por tal, una recomendación que Felipe atendería.

Por lo pronto, Felipe, que seguía en Flandes desde las abdicaciones, presidió en 1559 el capítulo general de la orden del Toisón para cubrir las plazas que habían quedado vacantes y le reservó una a su hermanastro. En septiembre de ese año, Felipe emprendió el regreso a España y le escribió a Quijada que el 18 de octubre tuviera a don Juan en el monasterio de San Pedro de la Espina, cercano a Valladolid. En esa ciudad, el día 8, presidió el rey un auto de fe y en la fecha señalada se presentó en el monasterio, donde lo esperaba don Juan, aleccionado de cómo debía actuar ante el monarca, pero sin saber el lazo familiar que les unía. Felipe II, cuando se vieron, le hizo la primera merced a su hermano, poniéndole en el cuello el collar de la orden del Toisón y ciñéndole la espada. Después, regresaron juntos a Valladolid, donde Felipe ya había puesto casa a don Juan, en la que Quijada fue su ayo, don Fernán Carrillo, conde de Priego, mayordomo mayor y Juan de Quiroga, secretario; el primogénito del conde de Priego, don Luis Carrillo mandaría la guardia, que formaban la mitad española y la otra mitad alemana. La organización dada a la casa de don Juan era como la de los infantes, pero no llegó a disfrutar de los honores de estos, incluido el título de alteza, que

su hermano siempre le negó, habiendo ordenado cuando lo situó en Valladolid que le dieran el tratamiento de excelencia, aunque no tardaron algunos en tratarlo de señor y alteza.

Después, Felipe II ordenó que con su hijo Carlos pasaran a la Universidad de Alcalá don Juan de Austria y Alejandro Farnesio. Los dos primeros tuvieron como alojamiento el palacio arzobispal, mientras Alejandro se alojaba en la ciudad, por lo que tenía algo más de libertad; los tres estuvieron supeditados a un régimen bastante duro de estudio y de vida, pero no tardarían en vivir inesperados acontecimientos, como tendremos oportunidad de ver más adelante.

LA FAMILIA DEL REY

A Felipe II le ocurrirá lo mismo que a Carlos V y después a don Sebastián de Portugal y al príncipe Carlos: crecieron con la ausencia del padre, referente lejano. Don Sebastián no llegó a conocerlo y creció al cuidado de una mujer, lo mismo le ocurrió a Carlos V, que apenas si vio al suyo, lo perdió cuando no tenía más que seis años y sería su tía quien se ocuparía de su educación. El emperador murió cuando su hijo era ya un treintañero, pero no fueron años dominados por la convivencia entre ambos, sino por la ausencia del padre, cuyas obligaciones y frecuentes viajes le mantuvieron lejos más tiempo del deseado por el niño; solo cuando estaba en plena juventud y se aproximaban sus responsabilidades gubernamentales, la figura del padre reaparecerá y su experiencia como gobernante tratará de transmitirla a su hijo, en lo que sería la última etapa de la formación del príncipe. Pero hasta entonces, la figura materna será la más cercana y la madre se encargará de supervisar su educación, que en líneas generales había establecido Carlos.

A los quince años de edad, en 1542, Carlos llevó a su hijo a Monzón y a Barcelona para que fuera jurado como heredero por las Cortes de Aragón y Cataluña, ocasión que dio motivo para que se celebrara con festejos diversos, particularmente en Barcelona. Para entonces, lo que podemos considerar la educación civil del príncipe, podía darse por terminada e iba a comenzar su formación política. Ya se había acordado el que sería su primer matrimonio: la elegida era María Manuela de Portugal.